

CRISTOBAL COLON.

Capítulo XXXVI.

Una conspiracion.

—Dos cosas necesitamos hacer,—dijo—para evitar la expedicion. Si con ninguna de las dos logramos nuestro deseo, aun nos queda otro que tambien puede llevarse á cabo. ¿No habeis dicho que Martin Alonso Pinzon ayuda al extranjero con sus maravillas y su persona?

—Sí.

—¿No está muy entusiasmado con ese viaje que proyecta?

—Sí.

—¿No es lo bastante avaro para retirar su concurso si por acaso se opone algun obstáculo á su marcha?

—¡Oh! lo que es eso,—dijo Rascon,—por nada

del mundo entregaria una sola dobla sino fuese á la vista del que hubiera de gastarla. Así es, que tengo por seguro que la tercera embarcacion que él se ha comprometido á presentar, ni vendrá á estas aguas ni se dará á la vela, si no la tiene siempre á su alcance.

—Entonces somos felices,—dijo Castillo,—porque mi plan puede estorbar su marcha.

Hubo una breve pausa.

—Martin Alonso Pinzon,—continuó el platero,—por lo que yo he sabido; y eso que hace muy poco tiempo que vivo aquí, tiene puestos los ojos en su mujer, que es una buca moza en toda la extension de la palabra. Nadie se ha fijado en ella, porque no hay ninguno que ignore que Pinzon tiene muy buenos puños, muy mal génio, y que si algo notase, en vez de andarse en averiguaciones, comenzaria por hacer una de *pópulo bárbaro*. Pero, ó yo me equivoco mucho, ó es celoso en extremo.

—Lo es, en efecto, y mucho,—dijo Quintero.—La prueba es que no sale nunca sola doña Aldonza, y que cuando va á misa se recata de las miradas de todo el mundo.

—Porque la sigue á corta distancia su marido,

—Sea por lo que fuere, lo cierto es que todos los síntomas son de que Martin Alonso es celoso en extremo.

Los circunstantes asintieron.

—Pues bien,—dijo Castillo,—si algun amigo suyo de los que están presentes, le dijera con maña

que un galán aguardaba el momento de su ausencia para enamorar y rendir á su esposa, se detendría.

—Se detendría, sí; pero podía averiguar hasta qué punto era cierto el rumor que había llegado á su oído, y como no tardaría en disipar sus sospechas la realidad, no lo pasaría bien el que despertase los celos en su alma.

—La astucia puede mucho.

—Tanto más,—dijo Quintero,—cuanto que el señor de Peñalosa, el oficial que han mandado los reyes á hacer cumplir sus órdenes, es joven aun, va con frecuencia á su casa, y es fácil á él hacerle creer que doña Aldonza se ha prendado de su belleza, y á Pinzon que el oficial del rey, si desea que cuanto antes se dé á la vela con su amigo Colon, es para que le deje libre el campo.

—La idea es magnífica,—exclamó Rascon frotándose las manos con júbilo.

—Fácilmente puede ponerse en práctica.

—Pero ¿qué se logrará con eso?—preguntó uno de los circunstantes.

—Se logrará,—repuso Castillo,—que entre unas y otras cosas se retrase la expedición, y que perdiendo Colon la paciencia, ó se desespere y le dé un berinche que acaba con él, ó se vaya á otra parte á buscar quien le ayude á llevar á cabo su proyecto.

—Quien tal dice,—exclamó uno de los circunstantes llamado Juan Bravo,—no conoce á Colon. El hombre que ha esperado catorce años en la miseria, esperará uno ó dos más en la prosperidad, porque en

el convento no le falta nada. Si viera que Pinzon se detenía, daría cuenta á la corte, enviarían tropas para someterlos, no tendríamos más remedio que dar lo que nos piden, y sin Pinzon llevaría á cabo el genovés su empresa. Por mi parte, desecho la proposición por parecerme estéril.

—Sí, sí, lo es,—dijeron todos.

—Pues nada, en ese caso, tomar una medida violenta,—añadió Castillo.

—¿Y qué medida es esa?

—Quitar de enmedio la causa principal.

Un profundo silencio reinó entre los circunstantes.

—Parece que han causado impresión mis palabras, y si lo que os propongo os intimida, no veo otro camino más que el de acatar la voluntad de los reyes y entregar vuestras naos y los que las tripulan á la voracidad del Océano.

—Eso nunca.

—Pues tened valor, é intimidad á los mismo monarcas. La cosa es muy sencilla. ¿Quereis romper el yugo que intentan echaros al cuello? ¿quereis defender vuestros derechos de hombres? Uníos todos, y en un momento dado proclamad vuestra desobediencia. Haced un escarmiento con el oficial enviado por los reyes, salid á las calles, mostrad que estais dispuestos á morir antes que á obedecer, y en el calor de la pelea, cuando Colon pretenda apaciguaros ó contrastar vuestros ímpetus, luchad con él brazo á brazo, matadle en buena lid, y una vez muerto el aventurero, nada tendries que temer.

—Nada absolutamente! ¡pues es una friolera! Enviarían los reyes un ejército, nos arcabucearán, nos saquearán si nos defendemos, y tendremos que vernos obligados ó á alejarnos para siempre de nuestros hogares, ó á perecer asesinados.

—Y el caso es que no es mala la idea de Castillo,—dijo Quintero;—destruido Colon, la expedición es imposible. Y la idea, no cabe duda, es buena, pero es peligrosa, y ántes de llevarla á cabo en la forma indicada ú otra cualquiera, hay que pensarlo mucho.

—¿Podremos contar con vosotros para cualquier evento?—dijo Quintero á los que se hallaban.

—Sí,—contestaron todos;—disponed de nosotros siempre que se trate de estorbar que nuestros amigos, nuestros hermanos, ó nosotros mismos tengamos que formar parte de la expedición ó de que se nos obligue á prestar las embarcaciones necesarias.

—Pues entonces, retiraos: dejadnos á Rascon y á mí, puesto que somos los más interesados, toda vez que quieren arrebatar nos nuestras carabelas, que meditemos nuestro plan, y si fuese necesario vuestro concurso, á su tiempo recibireis el aviso.

De acuerdo en esto, se separaron uno y otro, y Rascon y Quintero se retiraron también, pero juntos.

—La idea de deshacernos de Colon es excelente,—dijo el primero al segundo.

—Pero no en una rebelión,—contestó el segundo al primero.

—Eso desde luego; si hubiera un medio fácil y eficaz, pero al mismo tiempo misterioso, para librar-nos de él, ya era otra cosa.

—Comprando al cocinero del convento, nada tendría de extraño que éste envenenara su comida.

—Pero como al mismo tiempo sucumbirían los monjes, se daría una campanada y equivaldría á una conjuración ostensible.

—Sería peor aún.

—¿Qué hacer, amigo mio, qué hacer?

—En primer lugar no ceder la *Pinta*, y en segundo acechar la primera ocasión para que halle Colon la muerte en la bebida ó en la comida.

Mientras que los dos propietarios de la carabela buscaban el medio de librarla de la ruina que en su concepto amenazaba al buque, Castillo con sus dos camaradas, los ingleses, viendo que no podía sacar partido del puerto de Palos, porque no habia jugadores en él, resueltos á marcharse él y sus compañeros, quisieron sacar algun partido ántes de abandonar para siempre aquella ciudad, en la que tan poco habian conseguido sus artes marrulleras.

Al dia siguiente indicó Castillo á los ingleses el camino de Moguer, y diciéndoles donde debian esperarle, se separó de ellos para encaminarse al convento de la Rábida.

Al llegar allí preguntó por el prior fray Juan Perez de Marchena, anunciando que tenia que confiarle un secreto importante.

No tardó en ser recibido por el anciano sacerdote.

Una vez solos los dos, le indicó, bajo confesion, que corria peligro la vida de su huésped, que Rascon y Quintero habian formado una conjuracion para evitar á todo trance la realizacion del proyecto del genovés, y que si Dios no lo remediaba, y Colon no hacia todo lo posible, el dia ménos pensado caeria en el lazo que le tendian, y moriria sin realizar sus esperanzas.

Hecha esta declaracion, manifestó al prior su escasez de recursos, y como la limosna que le exigia era en pago de esta confesion tan importante, fray Juan Perez de Marcheda se prestó á favorecerle, y Castillo pudo vender con provecho suyo á sus amigos de la vispera, y continuar su viaje, en tanto que fray Juan Perez de Marchena hacia lo posible para evitar la emboscada que tendian á su buen amigo.

Se informó, y las noticias que le dieron estaban de acuerdo con las palabras que la habia dicho Castillo.

Mandó llamar á Peñalosa á su celda, y, una vez en su presencia el oficial del rey, le dijo quien le habia comunicado aquellos tristes rumores, le expuso la situacion en que se hallaban los habitantes del puerto de Palos, y el temor que tenia de que Colon fuese su víctima.

Inmediatamente mandó Peñalosa un propio á Córdoba, pidiendo á los reyes alguna fuerza para sofocar la insurreccion de los descontentos.

Estos se apercibieron, y conociendo que era de todo punto imposible hallar el medio de que Colon

sólo pereziese con un tósigo, resolvieron jugar el todo por el todo, y confabulados los más rebeldes, se aprestaron para hacer una manifestacion pública de desobediencia al mando de Rascon y de Quintero, seguros de que el oficial del rey, el prior de la Rábida y Cristóbal Colon acudirian á serenarlos, con lo cual lograrian su deseo de poder matar en buena lucha al que consideraban como causa de su próxima perdicion.

Reunidos en el convento de la Rábida Colon, el oficial del rey y Pinzon, al notar que gran parte de habitantes de Palos se aprestaban á armar una asonada, deliberaron largamente acerca de lo que harian, no solo para dominar el motin; sino para obligar á los rebeldes á obedecer las órdenes de los reyes.

—Yo me encargo, — dijo Colon, — de conseguir este objeto,

— ¿De qué manera?

—Yendo solo á buscarlos,

—Esa es una resolucion temeraria, — dijo Peñalosa.

—De ningun modo, — añadió Fray Juan Perez de Marchena; — eso sería ir á entregaros á vuestros enemigos.

—Mi corazon me dice que no se meterán conmigo despues que me hayan oido hablar.

—No los conoceis bien, dijo Pinzon; — esa canalla no se conmueve tan fácilmente: solo el palo la ablanda, y lo más prudente es aguardar á que vengan tropas á castigarlos.

—Con el castigo, — dijo Colon, — no lograremos nada, porque, ó habrá de renunciar, despues de someterlos, á nuestra expedición, ó si no renunciamos, los que vengán por fuerza con nosotros serán nuestros enemigos, y si no consiguen asesinarnos en tierra lo conseguirán en el mar. Los enemigos cuanto más formidables son, más francamente se debe ir hácia ellos. Yo estoy seguro de que la Providencia me protege: no intenten disuadirme de mi resolución.

Fué tan grande el empeño que manifestó Colon en ir al encuentro de sus adversarios, que sus amigos no consiguieron disuadirle, y resolvieron á su vez seguir la misma suerte.

—Vámonos todos, — dijo Pinzon.

—Pusieronse en camino, y llegaron á Palos al anochechar.

Por orden de Peñalosa fueron convocados los habitantes del puerto; y su asombro fué inmenso cuando supieron que se les convocaba, porque Colon queria hablarles.

Los más atrevidos buscaron con avidez por todas partes á Rascon y á Quintero, para tomar su consejo y ver si estaban decididos, como todos, á aprovechar aquella coyuntura por deshacerse de Colon.

El pregonero habia citado á todos los vecinos delante del pórtico de la iglesia de San Jorge, y allí estaban Colon y sus amigos esperando á que llegaran los que tantos deseos tenian de aniquilarlos.

Bien veian que los más señalados por su descon-

tento corrian de un lado á otro, sin atreverse á pasar por delante de la iglesia, y al preguntar cuál era la causa de sus idas y venidas, supieron que buscaban á los jefes de la conspiracion.

Pero ni Quintero ni Rascon parecian.

Desesperados porque iba á malograrse aquella ocasion tan oportuna, fueron llegando al pórtico, aplazando por entonces su venganza, sin perjuicio de llevar á cabo sus infames propósitos al presentarse una nueva ocasion.

Cuando Colon vió reunidos delante de él á muchos de los vecinos de Palos, les dirigió la palabra, y no vió que precisamente en aquellos momentos se acercó á Peñalosa un hombre, el cual, despues de hablarle algunas palabras al oido, se fué con él.

Colon, dirigiéndose á la muchedumbre:

—Sé que deseis mi muerte, — les dijo; — sé que conspirais contra mí, que me considerais como vuestro enemigo porque anhele eternizar en la memoria de los hombres el nombre de vuestra patria, y llevaros conmigo á conquistar la gloria que nos espera cuando hayamos realizado la gran empresa que voy á acometer.

¿Es, por ventura, porque dudais de la posibilidad del triunfo?

Aunque así fuera, ¿la idea de vuestra grandeza no os basta para seguirme? Y si este sentimiento no os mueve, la grandeza de vuestros reyes, la obediencia que les debeis como vasallos suyos, ¿no es un estímulo suficiente para que acateis sus órdenes? Yo

os ofrezco una gloria imperecedera; quiero llevaros conmigo á descubrir un Nuevo-Mundo, á llevar á él la fé cristiana que late en vuestros pechos, á propagar en su vasta extension la grandeza de España, y en cambio voy á daros riquezas, honores; voy á conquistar para la corona de vuestros reyes, joyas que no tiene en la suya ninguno de los soberanos de la tierra.

—¿Qué valen dos miserables embarcaciones que os pido al lado de los beneficios que os ofrezco?

—¿Y la muerte que espera á los marinos que os acompañen?—dijeron algunos.

—Mi suerte es la suya. ¿Por ventura vais á atreveros á decir que los habitantes de Palos, que nacen todos marinos, que todos tienen gran corazón, son inferiores á mí? ¿No voy yo á arrostrar la misma suerte? Y si yo voy, si yo desafío las iras del mar, si yo tengo bastante fé en mi empresa y bastante valor para desafiar el peligro, ¿sereis ménos que yo?

—No, no,—gritaron todos.

—Ahora haced conmigo lo que quereis,—dijo Colon;—estoy indefenso. Sé que habeis conspirado contra mi vida: aquí me teneis: matadme.

Y adelantándose hácia la muchedumbre que le escuchaba con asombro, temor y respeto, vieron Pinzon, el prior de la Rábida, el médico Fernandez y los que le acompañaban, que aquellos hombres se retiraban á medida que ellos avanzaban, y aunque armados casi todos, ninguno se atrevia á llevar la mano á la empuñadura de su daga.

—Pues bien,—dijo Colon,—ya no quiero que por la fuerza se os imponga el cumplimiento de un deber. Por vuestra propia voluntad habeis de darme las dos embarcaciones que os pido y necesito. Aquellos de vosotros que quieran compartir conmigo la gloria que sueño para España, venid á mí y demos el ejemplo al mundo de que el amor á la gloria, el cumplimiento del deber, nos hace á todos ser dignos del triunfo que nos espera, como vencedores ó como mártires.

El ódio que profesaban á Colon cuantos le oían, se trocó instantáneamente en admiración y entusiasmo.

Llegó en esto Peñalosa, y acercándose á su oído:

—Habeis triunfado de los revoltosos,—le dijo;—pero debeis vuestro triunfo á que os han escuchado. No era ese su propósito, y si hubieran hallado como querian á los jefes de la conspiración, antes de oiros habriais caído cosido á puñaladas á sus piés.

—¿Pero sus jefes han huido?

—No; sus jefes deseaban á toda costa deshacerse de vos; pero un amigo vuestro les ha tendido un lazo: les ha encerrado cautelosamente en su propia casa, ha impedido que los conjurados se comuniquen con ellos, y á él principalmente debeis el éxito que habeis conseguido.

—¿Y quién es mi amigo?—preguntó Colon.

—¿Quién ha de ser?—exclamó un anciano presen-

tándose á él y estrechándole en sus brazos;—yo, que no olvido nunca vuestras bondades, que ós miro siempre como á mi Providencia, que daría mi vida por vos.

Colon estrechó dordialmente á aquel hombre, cuya voz reconoció instantáneamente.

Era Matias Sampayo.

En efecto; enterado de la conspiracion que se tramaba contra su buen amigo, habia llevado hasta su casa, por medio de un pretesto, á Rascon y Quintero, y una vez allí los habia encerrado, corriendo inmediatamente á dar parte á Peñalosa, de que estaban en su poder los jefes de la conspiracion.

Los dos fueron presos, pero Colon intercedió por ellos.

Despues de hablarles, de convencerles y de entusiasmarles, obtuvo su perdon.

A partir de aquel instante, sus más encarnizados adversarios fueron sus mejores amigos.

de aquella época, y se le puso por nombre *San Martín*.
 En este último punto debía embarcarse el almirante, acompañado de los pilotos *Sancho Ruiz*, *Pedro Alonso Niño* y *Bartolomé Roldán*, un ingeniero general de la armada nombrado al efecto, *Roberto Sánchez de Segovia*, un alcaide mayor, *Diego de Arana*, y un alcaide de *Sancho de Roldán*, funcionario encargado de llevar noticias de los combates y transacciones que hiciera el jefe de la expedición.

Capítulo XLIV.

Un padre y un hijo.

Un médico y un cirujano fueron designados para acompañarle y el total de los hombres llegó á ciento veinte, formados en parte por voluntarios, ávidos los unos de gloria, de mejorar de fortuna los otros, y los dos ingleses que se acompañaban y no pocas de-
 Vencidas todas las dificultades, gracias al ascendiente que habia cobrado Colon sobre los habitantes del puerto de Palos y á la influencia que en favor suyo habia ejercido el prior de la Rábida, y á la popularidad y aprecio de que gozaban los Pinzones, pudo al fin y al cabo contar con dos carabelas, una de ellas la *Pinta*, que debia ser mandada por *Martin Alonso Pinzon*, acompañándole como piloto su hermano *Francisco Martin*, y otra la *Niña*, con velas latinas, mandada por el tercer hermano de *Martin Alonso*, *Vicente Yañez Pinzon*.

Preparado todo, el tercer buque fué expresamente preparado para el viaje.

Tenia cubierta, cosa rara en las embarcaciones